

Juan Castellanos Leija

Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales

ZONA Z

Bajaron del convertidor un poco deslumbrados.

Habían llegado Henry Jones e Iván S. Dilensky a la sala de recepción del Ministerio de Investigaciones Espaciales, después de dos horas de transportación electrónica.

La sala de recepción estaba perfectamente iluminada y no recordaba en absoluto a los campos de cohetes interespaciales de hacía apenas unos años, pero la gente no se acostumbraba aún al cambio y llamaba todavía a las salas de recepción, "pistas de aterrizaje".

En eso pensaba, quizá, Henry Jones, mientras él y el otro viajero espacial se dirigían atravesando la bien iluminada sala, a las cámaras de recuperación 330 y 331 del Ministerio.

Entraron al pasillo sin ver a nadie, ya que los operadores estaban en otro piso.

Henry Jones entró a la cámara 330, que era el primer cuarto en el pasillo, y apenas hubo cerrado la puerta tomó asiento, se acomodó un casco en apariencia pesado y apretó dos botones en el brazo del sillón.

Inmediatamente cayó en un letargo profundo, del cual despertó hasta pasadas dos horas, y aunque físicamente se sentía ya bastante bien, sabía

que el cansancio de los viajes por el cosmos era irrecuperable y acortaba la vida de los cosmonautas.

Por su gusto se hubiera quedado un poco más en la cámara de recuperación, pero pensó que dado el carácter tan importante de su cometido, mientras más pronto rindiera su informe sería mejor.

Al abrir la puerta vio en el pasillo una especie de comité de recepción, lo cual le molestó bastante, ya que un grupo tan numeroso podría comprometer el carácter ultrasecreto de su misión.

Al salir de la cámara vio a su acompañante espacial, Iván Dilensky, que acababa de salir de la cámara 331 y platicaba animadamente con Lewis Peters, subsecretario de la Oficina de Transportación Electrónica del Ministerio.

El supuesto comité de recepción en realidad desconocía por completo la misión Jones-Dilensky, con la sola excepción del general Nick Spencer, el hombre más alto del grupo en el pasillo, y era por él precisamente que se había reunido aquel grupo, con objeto de saludarle.

Aunque por otra parte, con seguridad que los ahí presentes se dieron cuenta que el general iba a recibir a alguien importante, tanto más que su visita había sido absolutamente sorpresiva, y sólo acompañaban al general Spencer dos de sus agentes de protección.

Spencer sudaba copiosamente, y se enjugó el sudor antes de recibir el caluroso saludo de Jones y el ceremonioso y rígido de Dilensky.

En ese momento una secretaria del Ministerio entregó unas hojas recién escritas, dentro de un portafolio azul a Jones, y apenas lo hubo recibido éste, el general se despidió amable, pero rápidamente de todos, y junto con los dos viajeros espaciales y sus guardias de corps se encaminó a los elevadores de la sala de recepción.

El elevador los llevó al sótano del Ministerio Espacial, y ahí abordaron el vehículo del general Spencer para dirigirse al Ministerio de Gobierno.

Durante el viaje de ministerio a ministerio, casi no se habló; el general estaba preocupado por el ilustre huésped que tenía en el país, y tanto Jones como Dilensky hubieran debido descansar más y no tenían muchas ganas de hablar.

Pronto el vehículo entró al primer nivel del sótano del Ministerio de Gobierno y ascendió en un elevador especial para aparatos hasta el décimo piso.

En este piso estaba la sala de conferencias privadas, y a ella se dirigieron todos, sin necesitar siquiera de un ademán de Spencer.

La sala de conferencias privadas era rectangular con paredes metálicas, completamente lisas, y un piso también metálico, sólo que corrugado, todo lo cual le daba un extraño aspecto de caja fuerte.

En un rincón, sobre una mesa de caucho había un aparato a todas luces electrónico, por más que sólo tuviera visible una pantalla de color rojo, la que se encendió cuando entró el grupo formado por el general, los dos mensajeros especiales y los guardias del general.

Spencer echó una ojeada a los viajeros, y pidió a Iván Dilensky que le entregara su reloj eléctrico.

—Es un aparato muy sensible —aclaró, evidentemente orgulloso de su detector de mecanismos electrónicos.

Guardó el reloj que le había entregado Dilensky, en un compartimento del mismo detector, e inmediatamente se apagó la pantalla roja.

A una señal de Spencer salieron sus guardaespaldas e inmediatamente

cerró la puerta, apretando el tercer botón a la derecha en un tablero en la mesa de caucho.

Aparte de los tres recién llegados, había en la sala de conferencias otras cuatro personas, a las que se dirigió el general.

En aquel lugar 7 personas iban a decidir el destino de millones, que por lo demás, desconocían la existencia de esos siete.

Spencer habló.

—Les presento al mayor Iván Dilensky, y al capitán Henry Jones, que tienen algo que informarnos.

Los presentes saludaron con una ligera reverencia y se dispusieron a escuchar a los mensajeros espaciales.

Tomaron asiento todos alrededor de una mesa de caucho verde que había en el centro de la sala.

Estaban a la mesa, por parte del país sede de la conferencia: la secretaria general de Relaciones Exteriores, Jenny Phink, diplomática de carrera y, a juzgar por su aspecto, de no más de 30 años.

A su derecha el general Jerry Slender, secretario de Defensa, un hombre muy importante en el gobierno; militar rechoncho y locuaz, con un aire de astucia evidente.

A su izquierda el general Spencer, primer ministro, y político desde que había dejado el ejército hacía 27 años.

En la cabecera de la mesa, de pie, y disponiéndose a rendir su informe, se hallaba Henry Jones; viajero espacial y mensajero diplomático que acababa de hacer su viaje interestelar número 15, el último que de este tipo podía hacer, según el reglamento internacional de vuelos espaciales y seguridad.

Por parte del otro país conferenciante, y significativamente sentados en el lado opuesto de la mesa se hallaban: el general Yuri Sholojovsky, ministro de Defensa, según se creía futuro primer ministro, y el embajador Nikolai Seski, el diplomático más antiguo al servicio de su país.

Finalmente estaba, en la cabecera opuesta de la mesa, el viajero espacial Iván Dilensky, el único por otra parte que ya conocía al general Yuri Sholojovsky, y eso porque hacía ya bastantes años recordaba haberlo visto presidiendo un desfile militar de repulsa a la invasión de que había sido objeto un pequeño país de Asia.

Iván Dilensky, al igual que los demás, se dispuso a escuchar al otro viajero espacial, Henry Jones.

Cuando se hizo el silencio se escuchó la voz de Jones, con los ecos metálicos que las paredes le conferían.

—Como experto en armamentos —exclamó en un tono solemne, y ya en un tono mucho más natural añadió— puedo informar que la parte de la misión que me correspondía ha sido altamente satisfactoria.

Observó por un instante el efecto que habían tenido sus palabras y, acto seguido, extrajo del portafolio azul que le habían entregado en el ministerio espacial unas hojas llenas de cifras y estadísticas.

—Creo que nuestro problema se puede estimar en dos mil millones de individuos, con un poder armamental destructivo del 0.05 por ciento de la masa terrestre, o dicho en otras palabras, con un poder suficiente para destruir a cada una de nuestras naciones 5 000 veces.

—Aunque creo que no les digo nada nuevo —añadió—, la conclusión que tenemos es que sería impráctico emprender una guerra convencional contra ellos, y en verdad cualquier guerra convencional tendría que ser



atómica, ya que casi todo el mundo cuenta con armas de este tipo.

—Según nuestros cálculos —continuó Jones— esta conferencia debió haber tenido lugar allá por 1970, como máximo, para que de acuerdo con nuestros expertos hubiera sido práctica una guerra de exterminio.

—Calculan que se hubieran perdido, con la correlación de fuerzas de ese tiempo y la alianza de ahora, no más de 120 millones de vidas y no menos de 16, ya que el poder armamental del enemigo se ha calculado, en ese entonces, de una millonésima de la masa terrestre, o sea que no hubieran podido destruir más del 10 por ciento de las instalaciones de los dos países, y no más del 25 por ciento en caso de que hubiera sido uno solo.

—Además —agregó— el cambio de dirección revolucionaria de 67-70, hubiera hecho posible tomar al país en un clima de desorganización.

—En fin —dijo Jones— regresando propiamente a mi misión, puedo informarles que el gobierno militar del planeta Gamma XX ha prometido

toda su ayuda militar a la coalición para acabar con el peligro amarillo.

—El gobierno de Gamma XX ha prometido ayuda para terminar con el 99.8 por ciento de los habitantes del país enemigo, sin dañar ni en un 1.2 por ciento de las instalaciones industriales, basándose por supuesto en los informes de que yo era portador.

—Sin embargo no ha querido revelar la naturaleza de las armas que piensa emplear, pero ha asegurado que con un ejército de 800 000 soldados terrestres, el país podría ser limpiado en un plazo no mayor de 2 años, y rehabilitado en no más de 10.

—Además no enviarán más de 10 000 técnicos de eliminación a la ayuda del ejército coaligado, y estarán siempre bajo las órdenes de técnicos terrestres; se irán retirando a partir del día de la victoria en un plazo no mayor de tres meses, que es el tiempo que necesitan para regresar sus equipos e implementos.

—El precio de la ayuda no fui yo el encargado de arreglarlo —aclaró Henry Jones—, exclusivamente solicitan de nosotros, en el aspecto técnico, la manutención de su ejército, así como instalaciones receptoras para un mínimo de 100 000 kilowatts por hora.

—Podría darles algunas otras cifras, pero serían de carácter más estrictamente técnico, y creo que eso es todo lo que puedo informarles.

Al acabar de decir esto tomó asiento Henry Jones, y volteó a ver a Iván Dilensky que se disponía a hablar.

En verdad la parte de la misión encargada a Iván Dilensky, era la más complicada. Porque él había sido encargado del aspecto diplomático, en tanto que Henry Jones se había encargado más bien del aspecto puramente militar.

—Ustedes saben —dijo Dilensky dirigiéndose en especial a sus compatriotas—, que toda alianza militar tiene un precio y en este caso, para ir al grano, el gobierno de Gamma XX lo que quiere a cambio de su ayuda es el 1 por ciento del oxígeno que contiene el agua del Océano Pacífico, para lo cual, casi la mitad de los técnicos que enviarán, se encargarán de empacar ese oxígeno y enviarlo a Gamma XX.

—Toda la aprobación del plan por parte del gobierno de Gamma XX —prosiguió Dilensky—, está condicionada por la aprobación que dé la comisión de estudio de las condiciones bacteriológicas de la tierra.

—Personalmente entregué al consejo de estudios interplanetarios de Gamma XX el informe que se había hecho, sobre bacteriología e inmunidad, en la Tierra. Y en reciprocidad me hicieron entrega de fórmulas de vacunas y medicamentos contra las principales enfermedades de Gamma XX, pero además aseguraron que todo su equipo y técnicos vendrán completamente descontaminados.

El consejo dará su fallo en dos meses de tiempo terrestre, transcurridos los cuales mandarán diez sujetos voluntarios de experimentación, debidamente inmunizados contra las principales enfermedades que podrían contraer en la Tierra.

—Además —agregó Dilensky—, en nombre de las facultades que me fueron dadas, me comprometí a hacerlos viajar por todo el planeta durante otros dos meses, al fin de los cuales regresarán a Gamma XX para ser sometidos a estudios. De resultar positivo el experimento, en este caso que regresen sanos, automáticamente queda convenido el trato y, en no más de una semana empezarán a llegar sus diez mil técnicos al cuartel de aterrizaje que, según tengo entendido, está a punto de ser terminado.

—En realidad reconozco que fue un poco arriesgado aceptar el viaje

de los diez gammaienses por todo el mundo, pero creo que con una bien planeada operación se puede hacer, y no hubieran aceptado ayudar de otro modo.

—Es conveniente aclarar que fueron inútiles todos los intentos de mi parte en el sentido que se enviaran individuos de menos de dos metros, que podrían haber pasado por seres humanos altos. Insistieron en mandar una pareja de cada una de sus cinco categorías, así que sólo dos de ellos medirán menos de dos metros.

—Esta pareja, pienso que podrá viajar sin mayores problemas, además, su idioma es bastante racional y puede ser aprendido rápidamente y, según tengo entendido, ya hay en la Tierra quien lo hable.

—Por lo que toca a las demás parejas, una será de más de dos metros, otra de dos veinte, otra de más de dos cuarenta, y otra de más de dos sesenta. Parece evidente que a partir de la pareja de más de dos metros tendrán que viajar en secreto, protegidos por cualquiera de nuestros ejércitos, y creo que debe estar a elección de la pareja de menos de dos metros hacer el viaje también así.

Hizo una pausa para tomar aliento y expresó:

—Además de voluntarios para el experimento, los diez enviados de Gamma XX serán inspectores que revisarán las instalaciones que les hemos preparado a sus técnicos, y rendirán su propio informe sobre los países que visiten.

—En caso de que las condiciones que ha puesto Gamma XX no hayan sido aceptadas por los gobiernos terrestres, se les informará de ello a los voluntarios de Gamma XX que regresarán de inmediato a su mundo.

—Éste es mi informe —dijo llanamente Iván Dilensky—, ahora en sus manos está decidir las condiciones.

Quando se extinguieron los últimos ecos de su voz, todos los ahí presentes quedaron pensativos y callados.

En mayor o menor grado ya sabían de antemano lo que se iba a tratar, pero los datos concretos le conferían al asunto una cierta inverosimilitud. Y en individuos tan pragmáticos como los ahí presentes esa sensación hizo guardar un momentáneo silencio a todos.

El primero en romper el silencio fue el diplomático Nikolai Selski, diciendo como si reflexionara profundamente.

—Caballeros, a mi modo de ver, las condiciones globales son aceptables y los únicos problemas que podrían presentarse serían de carácter técnico; por ejemplo, saber si no se desequilibraría la ecología terrestre al extraer tanto oxígeno del mar, pero sobre todo en lo que tenemos que ponernos de acuerdo es en el control que tendremos sobre el regreso de los técnicos gammaienses a su planeta.

—En realidad me parecen bastante ambiguos los términos del pacto en lo que se refiere al control que tendríamos sobre los técnicos de Gamma XX, e incluso, teniendo en cuenta nuestro desconocimiento del carácter de sus armas. Creo que estarán de acuerdo —añadió— en que eso es lo que hay que discutir y ponernos de acuerdo.

Siguió diciendo Selski.

—El ministro de Defensa de mi país, camarada Sholajovsky, podría informarnos sobre los recursos disponibles para supervisar todos los pasos de las operaciones de los diez mil técnicos-soldados gammaienses, de acuerdo también, por supuesto, con lo que tenga que decir el general Slender, ministro de Defensa de este país.

—Una vez decidido el tipo de vigilancia que tendríamos sobre los téc-

nicos extraterrestres podríamos asegurarnos, por medio de una comisión conjunta de supervisión, que esa vigilancia fuese efectiva.

—Además pienso que deberían hacerse todos los esfuerzos posibles por obtener información sobre el tipo de armamento de Gamma XX.

Mientras hablaba Selski el general Nick Spencer asentía a cada afirmación del embajador, y además parecía sumamente complacido con todo lo que éste decía.

Si era así, o no, era difícil saberlo; Nick Spencer, como representante del país más interesado de los dos participantes en que se llevara a cabo la operación de exterminio, debía tratar de llevar la conferencia con las mínimas dificultades posibles. Además que lo que proponía Selski no era contrario a los intereses de su nación.

Sólo había algo que le preocupaba, y era un ataque que recordaba haber hecho al general Sholojovsky en alguno de sus muchos discursos de la década del 70, ya no recordaba ni en cuál, pero le preocupaba el hecho de que Sholojovsky, su huésped, cuasi oficial tuviera, según se decía, una memoria prodigiosa.

Mientras tanto Sholojovsky también escuchaba al anciano diplomático, absorto se diría, y aparentemente ajeno a lo absurda e increíble que hubiera resultado dicha conferencia apenas unos pocos años antes.

Pero la realidad era que estaban en el siglo XXI, y no unos pocos años antes, y la conferencia estaba ahí, desarrollándose sin dificultades aparentes.

Cuando terminó de hablar Selski, el general Slender y el general Spencer intercambiaron una fugaz mirada de inteligencia y, como si lo hubieran tenido ensayado, el primero tomó la palabra, mientras Spencer guardaba silencio y se disponía a escuchar a su principal consejero, o como el mismo general se autonabraba "su brillante eminencia gris".

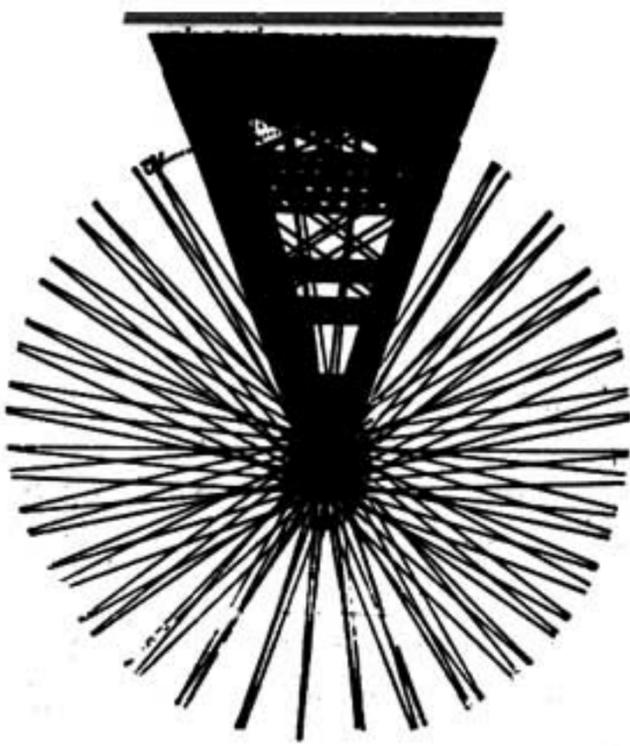
Aunque, para un observador perspicaz e imparcial, hubiera sido difícil decidir si Slender era una brillante eminencia gris, que ayudaba a Spencer, o si Spencer era un títere manejado por las manos regordetas de Slender.

Jerry Slender tosió, y haciendo hincapié en sus palabras, dijo:

—Me parece innecesario hacer resaltar la importancia de lo expuesto por su excelencia, el embajador Selski, sobre lo importante que es controlar todos los actos de nuestros futuros huéspedes, los técnicos de Gamma XX. Creo que su excelencia ha expresado esa necesidad de un modo sintético y claro, sólo que personalmente no pienso que el procedimiento más adecuado sea formar comisiones que se encarguen de vigilar y controlar, porque no podríamos en un momento dado, tener una visión de inmediato y de conjunto de toda la operación y de todos los técnicos de Gamma XX. Creo que lo que debemos hacer es infiltrar en su ejército técnicos nuestros, los cuales estarían en continua comunicación con diez o veinte centrales, que a su vez retransmitirán sus informes al Ministerio de Gobierno de mi país, y al gobierno del vuestro.

—Por otra parte creo que debemos insistir en su ofrecimiento en el sentido de que siempre sus técnicos estén bajo las órdenes de técnicos terrestres.

—Además podemos averiguar todo lo que podamos, no sólo tratando de obtener información de los técnicos-voluntarios que nos visitarán, sino también pidiendo tanto al mayor Iván Dilensky, como al capitán Henry Jones, que redacten un informe lo más minucioso que puedan, sobre lo que recuerden de las instalaciones militares que visitaron, y lo sometan a consideración, tanto de nuestros técnicos, como de los vuestros.



—Pienso además —continuó diciendo Slender— que deberíamos de preparar, no sólo 800 000 hombres, sino todos los que podamos, para que en ningún momento haya dificultades para sobresaturar con soldados nuestros cualquier posición que sea tomada.

En ese momento, y refiriéndose obviamente al ministro de defensa general Sholojovsky, Slender dijo:

—Quizá ustedes ya sepan algo sobre el tipo de armas de Gamma XX. Personalmente sé que cuentan con un tipo de arma capaz de acabar con una nación matando exclusiva e instantáneamente a los habitantes humanos de un país, afectando apenas a unos pocos de los monos superiores.

—De ahí ese tanto por ciento de instalaciones inutilizadas de que nos hablaba el capitán Jones, porque al seguir funcionando, sin control humano ya, algunas máquinas y mecanismos se destruirán.

—Es exigua la información que tenemos sobre esas armas —dijo Slender con un tono lejanamente nostálgico—, y parece obvio que necesitamos saber más, ya que en un día no muy lejano podrían ser empleadas contra algún otro país.

—Por lo cual reitero todo mi apoyo a la proposición de su excelencia, el señor embajador, en el sentido de la vigilancia que en todo momento debemos tener sobre nuestros aliados.

—Tanto más que se de buenas fuentes —prosiguió—, por mis servicios de información, que la eliminación se hace por áreas cuyos límites son las instalaciones que Gamma XX ha prometido, según es de suponerse.

Y añadió Slender:

—Una vez que ha quedado trazada el área que abarcan los rayos de las instalaciones de Gamma XX, hacen algo que afecta toda el área escogida, pero no es difícil, pienso, el salvaguardar nuestra seguridad si vigilamos que sus instalaciones no abarquen el área de otro país que no sea el enemigo, por lo que no debemos perder de vista ni una pieza, ni uno solo de los técnicos que sean enviados a la Tierra.

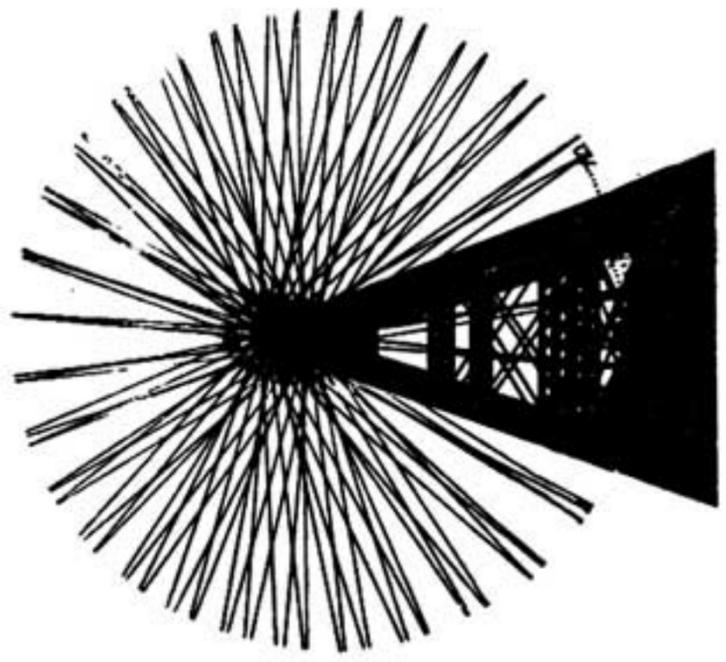
Eso fue todo lo que dijo Slender.

Mientras tanto el general Spencer seguía asintiendo de vez en cuando, y notó que el general Sholojovsky estaba bastante molesto por alguna razón, así que cuando terminó de hablar Slender pidió al general Sholojovsky que expresara su opinión sobre el asunto todo.

Quizá por lo que estaba molesto Sholojovsky era porque él no había recibido la información que tenía Slender, pero, sobre todo, porque acababa de darse cuenta que en el área de las instalaciones eliminadoras, dentro de la zona de destrucción, podrían quedar comprendidas vastas regiones de su patria.

Sholojovsky, bastante excitado, comenzó a hablar.

—Ustedes deben haberse ya dado cuenta que, con dicho sistema, mi país podría verse afectado en amplias zonas, ya que sería imposible cons-



truir estaciones que no tuvieran dentro de su radio de acción territorios de mi patria.

—Y, por lo demás, los territorios que quedan comprendidos dentro del área de destrucción, no pueden ser evacuados por las tropas que ahí tenemos, porque la frontera quedaría indefensa y no podríamos evitar una invasión enemiga.

—Creo —continuó Sholojovsky—, que habrá que evitar destruir una cierta región del país enemigo, e invadir por esa parte antes de que sea eliminado el resto de la población. Ya que, atacando antes de la destrucción general, siempre contaría el enemigo con poder contener la invasión con su enorme ejército, y sin tener que recurrir a armas atómicas.

Las últimas palabras que pronunció Sholojovsky quedaron en suspenso, porque parecía que iba a decir algo más, pero no lo hizo.

A ninguno de los personajes de Occidente, que ahí estaban, les había hecho la menor gracia la sugerencia de que hubiera una invasión unilateral y adelantada del país enemigo, y fue Jenny Phink, la guapa secretaria de Relaciones Exteriores, quien primero tomó la palabra con esa voz grave e interesante que la caracterizaba, y dijo:

—General Sholojovsky, en verdad es un riesgo que su país pueda ver amenazada parte de su territorio, pero es obvio que emprender una invasión antes de la destrucción de la capital y los principales centros nucleares, es demasiado peligrosa para ser considerada una posibilidad real.

Y agregó:

—Me parece que sólo hay una estación de cohetes dentro del área en discusión, instalación que bien puede ser inutilizada con métodos convencionales, simultáneamente a la destrucción general.

—Una invasión requiere tiempo y preparativos demasiado visibles, sin contar con que podría ser detenida por el ejército enemigo en unos cuantos kilómetros, y contraatacar nuclearmente, y no sólo contra un país, sino contra muchos más.

—Entre esos países que serían objeto de represalias están nuestros actuales aliados occidentales, que no saben nada de esta operación de exterminio, aparte de que todos los demás países de Asia, así como los de África, y casi todos los de América, apoyarían activamente al país invadido, haciendo que la guerra tomara proporciones mundiales, y dificultando grandemente la operación de exterminio, pero sobre todo se habría acabado, se acabaría con el factor de sorpresa que es con el que contamos grandemente.

Sholojovsky vio que no podía imponer su opinión, acerca de la invasión unilateral, a los demás participantes de la conferencia y, además, sabía que los demás países aliados del suyo también protestarían por no haberseles dicho nada.

En esos momentos parecía que la conferencia iba a venir por tierra, dado que habían chocado los intereses de unos y otros frontalmente, y no había manera al parecer de conciliarlos.

El general Spencer tuvo que equilibrar la situación una vez más.

El choque había sido inevitable y, en realidad, Jenny Phink había aclarado los puntos en que divergían y que era necesario aclarar, con el mínimo de fricciones; ahora tocaba a Spencer acentuar los puntos de contacto para llevar adelante todo.

—General Sholojovsky —dijo pausadamente—, creo que usted tiene toda la razón en proteger los intereses de su país, al evitar que sea destruido parte de su territorio, pero tenemos que ver el interés común que nos ha hecho emprender esta alianza.

—La amenaza que representa nuestro enemigo común es tan grande, que nuestros dos países deben correr un gran riesgo para eliminarla, pero no es conveniente aumentar ese riesgo.

—Por eso es que le pido, general, que se emprenda un estudio sobre el área de su país que podría verse afectada, sobre el área enemiga que eventualmente habría que respetar, sobre todos los armamentos enemigos que haya en esa zona, en fin, sobre todo punto posible. Porque estoy firme en que todo se soluciona discutiendo, ya que nos mueve un interés común.

Un siglo antes aquello del interés común hubiera sido grotesco, pero aquel día Sholojovsky decidió que tenía razón Spencer.

Con eso se dio por terminada la conferencia; se propusieron fechas y lugares para las siguientes, y se ultimaron algunos detalles más.

Salieron de la sala, primero Jenny Phink, Spencer, y el general Sholojovsky, y se alejaron por el pasillo comentando jocosamente algo.

Después salieron, casi al mismo tiempo, Jerry Slender y el capitán Jones, y detrás de ellos, Nikolai Selski e Iván Dilensky, quien apretó un botón desde fuera de la sala de conferencias, y ésta se cerró.

Eran las ocho de la noche, pero podría creerse que era de día, debido a la iluminación, ya que no había tinieblas desde 1990, cuando se instaló el sistema de iluminación solar total.

Pasados quince días tuvo lugar la conferencia anteriormente citada, con los mismos que participaron en la primera; todo quedó arreglado, se atacaría simultáneamente al enemigo con armas comunes y con las de Gamma XX, se acordó avisar a los países del pacto por una parte, y a los del tratado por la otra, pero sólo con pocas horas de anticipación. Y se acordó vigilar a los técnicos de Gamma XX, por medio de técnicos espías que darían informes diarios de las actividades de los visitantes.

La ya desconocida paz que reinó en la Tierra durante dos meses, no parecía augurar nada bueno. Porque si aquellos que habitualmente provocaban las guerras, no lo hacían, no había muchas probabilidades de conflicto, pero en todas partes se sospechaba que algo iba a ocurrir.

La Unión de Estados Africanos denunció una inminente agresión, pero no porque supiera nada de lo que planeaban las otrora grandes potencias, sino porque periódicamente habían sufrido agresiones durante los últimos 20 años del siglo que acababa de terminar, antes de que se constituyera la unión, y presentían algo.

En Asia también se murmuraban cosas, y en América la OEL se reunió dos veces en ese tiempo para pedir el desarme.

Sólo en Europa parecía no haber movimientos ni en pro, ni en contra de nada; hacía diez años que no caía un gobierno, y el último que había caído se debió a que trató de detener la emigración.

En ese clima de agitación mundial, donde extrañamente faltaban las amenazas, llegó el 21 de agosto, la primera señal proveniente de Gamma XX. Los términos del pacto habían sido aceptados, y mandaban sus diez voluntarios-inspectores.

A los pocos minutos empezó su materialización, y posteriormente fueron conducidos a un edificio vecino al cuartel de aterrizaje, en donde quedaron hospedados.

Su aspecto era casi humano y sólo se distinguían de los demás individuos con los que trataban, por su desmesurada estatura, y por un ligerísimo brillo en los ojos durante las noches. Esta semejanza permitía que tuvieran contacto con un número relativamente elevado de personas de absoluta confianza, sobre todo con científicos terrestres que veían abrirse horizontes insospechados en sus conversaciones con los técnicos gammaienses.

Su idioma, aglutinante, fue rápidamente asimilado y aprendido por todos los que tenían contacto con ellos. Fueron llevados, durante los dos meses que duró su estancia, por todo el mundo y, especialmente a petición propia, a los lugares más insalubres, lugares éstos donde parecían científicos investigando algo, por las batas blancas que llevaban y el profundo interés que por todo mostraban.

Aprobaron ampliamente las instalaciones de recepción, y cuando partieron, gozaban de excelente salud.

A las 76 horas y 34 minutos de haber abandonado la Tierra los voluntarios llegó, al conmutador central del ministerio de investigaciones espaciales, una señal procedente de Gamma XX. Y, como ya estaba convenido, se retransmitió al cuartel de aterrizaje a pocos kilómetros de ahí, en donde los quince convertidores trabajaron 45 horas seguidas materializando a los técnicos y equipos de Gamma XX.

En las bodegas del cuartel se amontonaban piezas recién empacadas en maderas terrestres, mientras algunos hombres de ciencia presentes en los convertidores, se encontraban maravillados con los aparatos y sistemas que iban materializándose, y que eran empacados inmediatamente para evitar que se dañaran.

Se construirían 45 bases, con las que se esperaba lograr la eliminación del 98.2 por ciento de la población, ya que originalmente iban a construirse 49, pero surgió el problema de los territorios afectados.

En cuanto a los técnicos de Gamma XX, ya estaban instalados cómodamente en los campos adjuntos al cuartel, en donde parecían un ejército de gigantes prestos a entrar en campaña.

Los enviados eran todos de menos de dos metros, y no parecían estar muy a gusto en la Tierra, pues según podían entender las personas que trataban con ellos, les molestaba la atmósfera enrarecida para sus organismos; porque, aunque casi fisiológicamente iguales a los humanos, no podían soportar el exceso de oxígeno, que era el gas por el que paradójicamente habían llegado a la Tierra.

Mientras tanto el general Spencer conferenciaba con el jefe de las fuerzas armadas, general Hare, y con el general Slender, en la sala de conferencias privadas del cuartel de aterrizaje.

El general Spencer hablaba de la necesidad de supervisar el correcto funcionamiento de la red de vigilancia, y de las precauciones que con ese fin se habían tomado.

—Y, por tanto, todo lo hemos previsto —había dicho.

Los otros dos generales asintieron, y pasaron a tratar el segundo punto que los había reunido; había que lograr una alianza con Gamma XX, no

sólo para acabar con el peligro amarillo, sino con todos los demás países enemigos. Pero curiosamente, al menos por el momento, no era posible plantear esa alianza a los enviados, ya que no tenían al parecer un jefe visible, sino que había un organizador por cada 100 técnicos más o menos, pero parecía no haber nadie con la representación de Gamma XX. Ahora era el general Thomas Hare, quien por lo demás parecía todo, menos militar, el que hablaba.

— . . . y ya tenemos el plan que propondremos a Gamma XX, ahora sólo falta saber a quién, y qué quieren en cambio.

Pocos días después se emprendió la movilización general, y a las pocas semanas quedaron construidas las instalaciones a lo largo de la frontera del país enemigo, quien pensó que eran bases comunes, y simplemente alertó a su ejército.

A decir verdad despertaron pocas sospechas esas construcciones y, más que nada, relacionadas con la estatura de muchos de sus constructores, pero nada se pudo saber en firme.

Un día, como otro cualquiera, partió la orden de eliminación.

En un momento dado, de cada una de las instalaciones, salieron corrientes de origen desconocido para la ciencia terrestre, y en pocos segundos el país quedó destruido; cuando murieron los habitantes del mismo, al quedar saturada el área, recibió el nombre de Zona Z.

Parecía como una pesadilla la rapidez vertiginosa con que había ocurrido todo; menos de 30 semanas desde que se habían entablado pláticas con Gamma XX, y ahora el genocidio estaba cometido.

Ya sólo quedaban de aquel gran país unos pocos individuos, apenas unos miles, en su mayoría perdidas las facultades mentales.

Los técnicos de Gamma XX, al parecer insensibles a lo que había ocurrido, empezaron a desmontar sus equipos con macabra eficiencia, ante el asombro y el temor de todo el mundo que no había tenido siquiera tiempo de tomar partido en la lucha.

La destrucción instantánea de un país provocó temores indescriptibles en las grandes zonas urbanas, y los países solidarios del que había sido destruido, no hicieron nada, como ya estaba previsto que no harían. En parte porque tenían temor de sufrir represalias parecidas, y en parte porque ya no había a quien apoyar.

Los dos países agresores recibieron protestas por vía diplomática de algunos de sus aliados, pero en ellas se reflejaba el temor.

En esas circunstancias empezó a regresar el ejército de Gamma XX al cuartel general, en donde, habiendo almacenado en unas cuantas semanas el oxígeno pedido, construían naves para transportarlo, mientras, por medio del convertidor electrónico de materia, se retiraban sus 10 000 técnicos.

Lo más tardado de todo fue construir las naves, pero hubiera sido necesaria demasiada energía para recibir en Gamma XX esa enorme cantidad de oxígeno si se enviaba por los convertidores.

Así las cosas y habiéndose localizado al que fungía como organizador general del ejército de Gamma XX, se le había propuesto acabar con otros países, haciendo Zonas Zeta su territorio, pero Zaom Tnik, que así se llamaba, había rehusado diciendo que era demasiado tarde.

Esto había ocurrido cuando apenas se habían retirado dos mil técnicos, así que el general Spencer había preguntado por qué era demasiado tarde.

—Pero ingeniero Tnik, aún tienen en la Tierra más de 8 000 técnicos.

Y Zaom Tnik había respondido.

—Es verdad general, pero yo fui enviado a cumplir una operación precisa, y no puedo aceptar esa responsabilidad —pero había añadido—, no obstante, como esta experiencia nos ha permitido probar nuestras armas de una manera práctica, y comprobar su efectividad letal me honro en hacer presente el profundo agradecimiento de mi gobierno y personalmente me encargaré de transmitir al consejo de gobierno su propuesta.

Las naves habían estado listas para partir a las dos semanas de esta conversación y si bien no habían convenido en convertir en Zonas Zeta a las demás naciones enemigas del país de Spencer, éste confiaba en que en un futuro cercano así sería; después de todo, sólo su país tenía instalaciones para recibir a un número tan crecido de técnicos como se necesitaban.

Por fin, el 17 de diciembre a las 11 en punto, el general Spencer esperaba de un momento a otro la salida de la primera nave hacia Gamma XX, cuando recibió un mensaje de su oficina de información.

El organizador general del ejército de Gamma XX había conferenciado secretamente con el embajador Selski, y con el general Sholajovsky dos días antes, y otra vez hacía unos minutos. No se conocía ni una palabra del diálogo sostenido. Pero su excelencia y el general parecían sumamente complacidos.

Spencer trató inmediatamente de localizar a Zaom Tnik; su nación, su pueblo, no serían traicionados de ese modo, pero Zaom Tnik ya había embarcado y faltaban menos de 90 segundos para que su nave despegara.

En ese momento Spencer pidió una comunicación con Gamma XX; enviaría mensajeros diplomáticos para conferenciar con el consejo de gobierno.

Mientras esperaba la comunicación despegó la última nave de Gamma XX.

Trató entonces de localizar al embajador Selski, al que parecía habérselo tragado la tierra. Se dirigió en ese momento Spencer al ministerio de gobierno, en donde, al arribar, recibió una nota urgente.

“Las 25 naves de Gamma XX no se han alejado de la Tierra, simplemente la han rodeado, no contestan la comunicación.” De súbito comprendió Spencer: en un momento todo el planeta sería una enorme Zona Z.

